

NARRACIONES TERRORIFICAS



CADALSO
BESANT-RICE
MACHEN
HOWARD
BRENNAN
RICHTER
BLOCH
JACKSON
HUTCHINS
ARCA
BROWN
RICE
GRAVES
BRADBURY

SEXTA SELECCIÓN

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

PRÓLOGO

Para presentar esta sexta selección de NARRACIONES TERRORÍFICAS nos parece lo más indicado dar una noticia sobre los principales autores que la integran y sus respectivas obras.

El coronel José Cadalso, con cuyas Noches Lúgubres se inicia la obra, nació en Cádiz en 1741 y resultó muerto en 1782, durante el sitio de Gibraltar. Noches Lúgubres está inspirada en el gran amor que sintió por la actriz María Ignacia Ibáñez, fallecida súbitamente. Con ocasión de su muerte circuló la leyenda de que el exaltado amante había intentado desenterrar el cadáver de la actriz. El episodio está basado en esta idea.

Arthur Machen, autor inglés (1863-1947) junto con Joseph Payne Brennan y Lovecraft (norteamericanos) son los tres autores más importante de los que, en los años veinte y treinta, cultivaron exclusivamente el tema terrorífico. Entre los varios relatos que aquí se incluyen de Brennan, dos de ellos, La Fiesta en el Bosque y La Cámara de los Horrores, son quizá las más escalofriantes historias de terror que se hayan escrito.

Robert E. Howard es un malogrado autor norteamericano, fallecido en 1936, a los treinta años. De las tres historias recogidas en este volumen, específicamente de terror sólo lo es Palomos del infierno, pues los otros dos, El Hombre Moreno y Los Dioses de Bal-Sagoth son predominantemente relatos de aventuras, con la originalidad de estar situados en la baja Edad Media, conteniendo, no obstante, siempre, un elemento de misterio. Se ha incluido los tres para dar una visión más completa de la obra de Howard,

cuyas grandes posibilidades, desgraciadamente frustradas, resultan bien a la vista.

José M.^a Aroca, como escritor español contemporáneo colabora con dos relatos que muy bien pueden equipararse a los de los mejores especialistas extranjeros.

*Entre los autores actuales figuran tres famosos: Robert Bloch, Fredric Brown y Ray Bradbury. Bloch se dio a conocer con la obra *Psique*, llevada al cine por Hitchcock; de Fredric Brown es notable su imaginación y su forma sintetizada de escribir: Ray Bradbury es un estilista con gran capacidad creadora. Los tres cultivan, además del género de misterio y terror el policíaco, y este otro cada día más en boga de la ciencia-ficción. Como escritores de nuestro tiempo, cuidan siempre el «suspense», quizá la mayor exigencia del hombre de hoy. Y lo logran plenamente, manteniendo con toda fuerza el ánimo del lector absorbido en el desenvolvimiento de sus relatos.*

Roy Hutchins y Robert Graves aportan unas deliciosas notas de humor que distienden el sobrecogimiento producido por unos relatos que no pueden recomendarse a personas excesivamente impresionables.

José Cadalso

NOCHES LÚGUBRES

JOSÉ CADALSO

NOCHE PRIMERA

Tediato y un sepulturero

TEDIATO: ¡Qué noche! La oscuridad, el silencio pavoroso interrumpido por los lamentos que se oyen en la vecina cárcel, completan la tristeza de mi corazón. El cielo también se conjura contra mi quietud, si alguna me quedara. El nublado crece. La luz de esos relámpagos... ¡qué horrorosa! Ya truena. Cada trueno es mayor que el que le antecede, y parece producir otro más cruel. El sueño, dulce intervalo en las fatigas de los hombres, se turba. El lecho conyugal, teatro de delicias; la cuna en que se cría la esperanza de las casas; la descansada cama de los ancianos; todo se inunda en llanto... Todo tiembla. No hay hombre que no se crea mortal en este instante... ¡Ay si fuese el último de mi vida, cuán grato sería para mí! ¡Cuán horrible ahora! Más lo fue el día, el triste día que fue causa de la escena en que ahora me hallo.

Lorenzo no viene. ¿Vendrá acaso? ¡Cobarde! ¿Le espantará este aparato que la naturaleza le ofrece? No ve lo interior de mi corazón... ¡cuánto más se horrorizaría! Sí, la esperanza del premio le traerá. Sin duda... el dinero... ¡ay, dinero, lo que puedes! Un pecho sólo se te ha resistido... Ya no existe el solo pecho que se te ha resistido. Las dos están al caer... Ésta es la hora de cita para Lorenzo... ¡Memoria! ¡Triste memoria! ¡Cruel memoria! ¡Más tempestades formas en mi alma, que esas nubes en el aire! También ésta es la hora en que yo solía pisar

estas mismas calles en otros tiempos muy diferentes de éstos. ¡Cuán diferentes! Desde aquélla a éstos todo ha mudado en el mundo; todo, menos yo.

¿Si será de Lorenzo aquella luz trémula y triste que descubro? Suyá será. ¿Quién sino él y en este lance y por tal premio saldría de su casa? Él es. El rostro pálido, flaco, sucio, barbado y temeroso; el azadón y pico que trae al hombro, el vestido lúgubre, las piernas desnudas, los pies descalzos que pisan con turbación, todo me indica ser Lorenzo, el sepulturero del templo, aquel bruto cuyo encuentro horrorizaría a quien le viese. Él es, sin duda, se acerca; desembózome y le enseño mi luz. Ya llega. ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

LORENZO: Yo soy. Cumplí mi palabra, cumple ahora tú la tuya. ¿El dinero que me prometiste?

TEDIATO: Aquí está. ¿Tendrás valor para proseguir la empresa como me lo has ofrecido?

LORENZO: Sí; porque tú también pagas el trabajo.

TEDIATO: ¡Interés, único móvil del corazón humano!

Aquí tienes el dinero que te prometí. Todo se hace fácil cuando el premio es seguro. Pero el premio es justo una vez ofrecido.

LORENZO: ¡Cuán pobre seré, cuando me atreví a prometerte lo que voy a cumplir! ¡Cuánta miseria me oprime! Piénsalo tú; y yo... haré en llorarla... Vamos.

TEDIATO: ¿Traes la llave del templo?

LORENZO: Sí; ésta es.

TEDIATO: La noche es tan oscura y espantosa...

LORENZO: Y tanto que tiemblo y no veo.

TEDIATO: Pues dame la mano y sigue; te guiaré y te esforzaré.

LORENZO: En treinta y cinco años que soy sepulturero, sin dejar un solo día de enterrar alguno o algunos cadáveres, nunca he trabajado en mi oficio hasta ahora con horror.

TEDIATO: Es que en ella me vas a ser útil, por eso te quita el cielo la fuerza del cuerpo y del ánimo. Ésta es la puerta.

LORENZO: ¡Que tiemble yo!

TEDIATO: Anímate... imítame.

LORENZO: ¿Qué interés tan grande te mueve a tanto atrevimiento? Paréceme cosa difícil de entender.

TEDIATO: Suéltame el brazo... Como me lo tienes asído con tanta fuerza, no me dejas abrir con esta llave... Ella parece también resistirse a mi deseo... Ya abre... entremos.

LORENZO: Sí, entremos. ¿He de cerrar por dentro?

TEDIATO: No, es tiempo perdido y nos pudieran oír. Entorna solamente la puerta por que la luz no se vea desde fuera si acaso pasa alguien... tan infeliz como yo, pues de otro modo no puede ser.

LORENZO: He enterrado por mis manos tiernos niños, delicias de sus madres; mozos robustos, descanso de sus padres ancianos; doncellas hermosas y envidiadas de las que quedaban vivas; hombres en lo fuerte de su edad y colocados en altos empleos; viejos venerables, apoyos del Estado... Nunca temblé. Puse sus cadáveres entre otros muchos ya corruptos; rasgué sus vestiduras

en busca de alguna alhaja de valor; apisoné con fuerza y sin asco sus fríos miembros; rompíles las cabezas y huesos, cubríles de polvo, ceniza, gusanos y podre, sin que mi corazón palpitase... y ahora al pisar estos umbrales me caigo..., al ver el reflejo de esa lámpara me deslumbró..., al tocar esos mármoles me hielo..., me avergüenzo de mi flaqueza. No la refieras a mis compañeros. Si la supieran, harían mofa de mi cobardía.

TEDIATO: Más harían de mí los míos, al ver mi arrojito. Insensatos, ¡qué poco saben!... ¡Ah!, me serían tan odiosos por su dureza, como yo sería necio en su concepto por mi pasión...

LORENZO: Tu valor me alienta. Mas, ¡ay, nuevo espanto! ¿Qué es aquello? Presencia humana tiene... ¿Qué será?... Volvamos mientras podemos... No desperdiciemos las pocas fuerzas que aún nos quedan... Si aún conservamos algún valor, válganos para huir.

TEDIATO: ¡Necio! Lo que te espanta es tu misma sombra con la mía, que nacen de la postura de nuestros cuerpos respecto de aquella lámpara. Si el otro mundo abortase esos prodigiosos entes a quien nadie ha visto, y de quienes, todos hablan, sería el bien o el mal que nos traerían siempre inevitable. Nunca los he hallado: los he buscado.

LORENZO: ¡Si los vieras!

TEDIATO: Aun no creería a mis ojos. Juzgara tales fantasmas, monstruos producidos por una fantasía llena de tristeza. ¡Fantasía humana, fecunda sólo en quimeras, ilusiones y objetos de terror! La mía que los ofrece tremendos en estas circunstancias... casi bastan a apartarme de mi empresa.

LORENZO: Eso dices, porque no los has visto. Si los vieras, temblarías aún más que yo.

TEDIATO: Tal vez en aquel instante, pero en el de la reflexión me calmara. Si no tuviese miedo de malgastar estas pocas horas, las más preciosas de mi vida y tal vez las últimas de ella, te contaría con gusto cosas capaces de sosegarte... Pero dan las dos... ¡Qué sonido tan triste el de esa campana! El tiempo urge. Vamos, Lorenzo.

LORENZO: ¿Adónde?

TEDIATO: A aquella sepultura. Sí, a abrirla.

LORENZO: ¿A cuál?

TEDIATO: A aquélla.

LORENZO: ¿A cuál? ¿A aquella humilde y baja? Pensé que querías abrir aquel monumento alto y ostentoso, donde enterré pocos días ha al duque de Tausto, timbrado, que había sido muy hombre de palacio, y según sus criados me dijeron, había tenido en vida el manejo de cosas grandes. Figuróseme que la curiosidad, o interés, te llevaba a ver si encontrabas algunos papeles ocultos, que tal vez se enterrasen con su cuerpo. He oído, no sé dónde, que ni aun los muertos están libres de las sospechas y envidias de los cortesanos.

TEDIATO: Tan despreciables son para mí muertos como vivos; en el sepulcro como en el mundo; podridos como triunfantes; llenos de gusanos como rodeados de aduladores... No me distraigas... Vamos, te digo otra vez, a nuestra empresa.

LORENZO: No, pues al túmulo inmediato a ése y donde yace el famoso Indiano, tampoco tienes que ir, porque aunque en su muerte no se le halló la menor parte del

caudal que se le suponía, me consta que no enterró nada consigo, porque registré su cadáver. No se halló siquiera un doblón en su mortaja.

TEDIATO: Tampoco vendría yo de mi casa a su tumba por todo el oro que él trajo de la infeliz América a la tirana Europa.

LORENZO: Sí será. Pero no extrañaría yo que vinieses en busca de su dinero. Es tan útil en el mundo...

TEDIATO: Poca cantidad, sí, es útil, pues nos alimenta, nos viste y nos da las pocas cosas necesarias a la breve y mísera vida del hombre; pero mucha es dañosa.

LORENZO: ¡Hola! ¿Y por qué?

TEDIATO: Porque fomenta las pasiones, engendra nuevos vicios y, a fuerza de multiplicar delitos, invierte todo el orden de la naturaleza; y lo bueno se substrahe de su dominio, sin el fin dichoso... con él no pudieron arrancarme mi dicha. ¡Ay! Vamos.

LORENZO: Sí, pero antes de llegar allá, hemos de tropezar en aquella otra sepultura, y se me eriza el pelo cuando paso junto a ella.

TEDIATO: ¿Por qué te espanta ésa más que cualquiera de las otras?

LORENZO: Porque murió de repente el sujeto que en ella se enterró. Estas muertes repentinas me asombran.

TEDIATO: Debiera asombrarte el poco número de ellas. Un cuerpo tan débil como el nuestro, agitado por tantas partes invisibles, sujeto a tan frecuentes movimientos, lleno de tantas inmundicias, dañado por nuestros desórdenes, y lo que es más, movido por un alma ambiciosa, envidiosa, vengativa, iracunda, cobarde y esclava de

tantos tiranos... ¿qué puede durar? ¿Cómo puede durar? No sé cómo vivimos. No suena campana que no me parezca tocar a muertos. A ser yo ciego, creería que el color negro era el único de que se visten... ¿Cuántas veces muere un hombre de un aire que no ha movido la trémula llama de una lámpara? ¿Cuántas veces de un agua que no ha mojado la superficie de la tierra? ¿Cuántas de un sol que no ha entibiado una fuente? ¿Entre cuántos peligros camina el hombre el corto trecho que hay de la cuna al sepulcro? ¡Cada vez que siento el pie, me parece hundirse el suelo preparándome una sepultura... Conozco dos o tres yerbas saludables... Las venenosas no tienen numero. Sí, sí..., el perro me acompaña, el caballo me obedece, el jumento lleva la carga... ¿Y qué? El león, el tigre, el leopardo, el oso, el lobo e innumerables otras fieras nos prueban nuestra flaqueza deplorable.

LORENZO: Ya estamos donde deseas.

TEDIATO: Mejor que tu boca me lo dice mi corazón. Ya piso la losa que he regado tantas veces con llanto, y besado tantas veces con mis labios. Ésta es. ¡Ay, Lorenzo!, hasta que me ofreciste lo que ahora me cumples, ¿cuántas tardes he pasado junto a esta piedra tan inmóvil, como si parte de ella fuesen mis entrañas? Más que sujeto sensible, parecía yo estatua, emblema del dolor. Entre otros días uno se me pasó sobre este banco. Los que cuidan de este templo varias veces me habían sacado del letargo, avisándome ser la hora en que se cerraban las puertas. Aquel día olvidaron su obligación y mi delirio, fuéronse, y me dejaron. Quedé en aquellas sombras rodeado de sepulcros, tocando imágenes de muerte, envuelto en tinieblas, sin respirar apenas, sino los cortos ratos que la congoja me permitían, cubierta mi fantasía, cual si fuera con un manto de densísima tristeza. En uno

de estos amargos intervalos, yo vi, no lo dudes, yo vi salir, de un hoyo inmediato a ése, un ente que se movía. Resplandecían sus ojos con el reflejo de esa lámpara, que ya iba a extinguirse. Su color era blanco, aunque algo ceniciento. Sus pasos eran pocos, pausados y dirigidos a mí... Dudé... Me llamé cobarde... Me levanté y fui a encontrarle... El bulto proseguía, y al ir a tocarle yo, él se dirigió hacia mí. Óyeme...

LORENZO: ¿Qué hubo, pues?

TEDIATO: óyeme... Al ir a tocarle yo, y el horroroso bulto a mí, en aquel lance de tanta confusión... apagóse del todo la luz.

LORENZO: ¿Qué dices? ¿Y aún vives?

TEDIATO: Sí, y con grande atención...

LORENZO: ¿En aquel apuro qué hiciste? ¿Qué pudiste hacer?

TEDIATO: Me mantuve en pie sin querer perder el terreno que había ganado a costa de tanto arrojo y valentía. Era invierno; las doce serían cuando se esparció la oscuridad por el templo; oí la una, las dos, las tres, las cuatro, siempre haciendo el oído el mismo oficio de la vista.

LORENZO: ¿Qué oíste? Acaba, que me estremeces.

TEDIATO: Una especie de resuello no muy libre. Procurando tentar conocí que el cuerpo del bulto huía de mi tacto; mis dedos parecían mojados en sudor frío y asqueroso; y no hay especie de monstruo por horrendo, extravagante e inexplicable que sea, que no se me presente. Pero ¿qué es la razón humana, si no sirve para vencer a todos los objetos, y aún a sus mismas flaque-

zas? Vencí todos estos espantos, pero la primera impresión que me hicieron, el llanto derramado antes de la aparición, la falta de alimento, la frialdad de la noche y el dolor que tantos días antes rasgaba mi corazón, me pusieron en tal estado de debilidad que caí desmayado en el mismo hoyo de donde había salido el objeto terrible. Allí me hallé por la mañana en brazos de muchos concurrentes piadosos, que habían acudido a dar al Creador las alabanzas, y cantar los himnos acostumbrados. Lleváronme a mi casa, de donde volví en breve al mismo puesto. Aquella propia tarde hice conocimiento contigo, y me prometiste lo que ahora vas a finalizar.

LORENZO: Pues esa misma tarde eché de menos en casa (poco te importará lo que voy a decirte, pero para mí es el asunto de más importancia) un mastín que suele acompañarme, y no apareció hasta el día siguiente. ¡Si vieras qué ley me tiene! Suele entrarse conmigo en el templo, y mientras hago la sepultura ni se aparta un instante de mí. Mil veces tardando en venir los entierros, le he solido dejar echado sobre mi capa, guardando la pala, el azadón y demás trastos de mi oficio.

TEDIATO: No prosigas. Me basta lo dicho. Aquella tarde no se hizo el entierro. Te fuiste. El perro se durmió dentro del hoyo mismo. Entrada ya la noche se despertó, nos encontramos solos él y yo en la Iglesia (¡mira qué causa tan trivial para un miedo tan fundado al parecer!), no pudo salir entonces, y lo ejecutaría al abrir las puertas y salir el sol, lo que yo no pude ver por causa de mi desmayo, que ya te he contado. ^J

LORENZO: Ya he empezado a alzar la losa de la tumba; Pesa infinito. Sí, ¡verás en ella a tu padre! Mucho cariño le lenes, cuando por verle pasas una noche tan dura... ¡Pero amor de hijo mucho merece un padre...!

TEDIATO: ¡Un padre! ¿Por qué? Nos engendran por su gusto, nos crían por obligación, nos educan para que les sirvamos, nos casan para perpetuar sus nombres, nos corrigen por caprichos, nos desheredan por injusticia, nos abandonan por vicios suyos^[1].

LORENZO: Será tu madre..., mucho nos debe una madre.

TEDIATO: Aún menos que el padre. Nos engendran también por su gusto, tal vez por su incontinencia. Nos niegan el alimento de la leche, que la naturaleza les dio para este único y sagrado fin. Nos vician con su mal ejemplo, nos sacrifican a sus intereses, nos hurtan las caricias que nos deben, y las depositan en un perro o en un pájaro.

LORENZO: ¿Algún hermano tuyo te fue tan unido que vienes a visitar sus huesos?

TEDIATO: ¿Qué hermano conocerá la fuerza de esta voz? Un año más de edad, algunas letras de diferencia en el nombre, igual esperanza de gozar un bien de dudoso derecho, y otras cosas semejantes, imprimen tal odio en los hermanos, que parecen fieras de distintas especies y no frutos de un viento mismo.

LORENZO: Ya caigo en lo que puede ser: aquí yace, sin duda, algún hijo que se te moriría en lo más tierno de su edad.

TEDIATO: Hijos. ¡Sucesión! Éste, que antes era un tesoro con que la naturaleza regalaba a sus favorecidos, es hoy un azote con que no debiera castigar sino a los malvados.

»¿Qué es un hijo? Sus primeros años..., un retrato horrendo de la miseria humana. Enfermedad, flaqueza, es-